

ROGELIO SALMONA IN MEMORIAM

Carlos Véjar Pérez-Rubio

El 8 de octubre pasado recibimos en *Archipiélago* el siguiente correo desde Madrid, del arquitecto Carlos Clemente:

Querido amigo:

Ayer murió Rogelio Salmona. Sus últimos días fueron tranquilos, siendo consciente en todo momento, aunque estaba ya tan deteriorado (40 Kg.). Se ha ido un gran maestro que nos deja una obra colosal poco difundida injustamente por los medios profesionales.

Estamos recogiendo nuestro reconocimiento profesional para enviarlo conjuntamente con un correo y hacérselo llegar a su viuda e hijos en Bogotá. Será un pequeño gesto, pero es seguro que en estos momentos a sus familiares cercanos les reconfortará.

La trayectoria profesional de Rogelio, que indudablemente los profesionales que le conocemos la valoramos, no ha obtenido el mismo reconocimiento por el resto de la profesión. Como ya sabes, su nombre fue propuesto en varias ocasiones al Premio Pritzker, llegando a ser finalista en los últimos años y no obteniéndolo por diversos intereses.

No es que un arquitecto como él necesite el Premio Pritzker, ni ningún otro Premio para que su obra sea buena; pero sí nos gustaría a los que le conocíamos y queríamos que su trayectoria sea reconocida y valorada en justicia. Es por eso que te pido, en la medida que nuestro pequeño gesto pueda ayudar a sus familiares, puedas enviarnos un pensamiento, frase o dibujo con el que podamos suplir este vacío con nuestro sentido reconocimiento. El lunes los enviaremos conjuntamente a su familia. Muchas gracias.

Carlos Clemente

Hacia apenas unos meses, en el número 56 de *Archipiélago*, con el título de "Rogelio Salmona en España", habíamos publicado un reportaje de la inauguración en Alcalá de Henares de la exposición itinerante del gran arquitecto colombiano, que nos enviara precisamente su buen amigo y colega Carlos Clemente, director de las obras de restauración de la Universidad de Alcalá de Henares. No imaginábamos entonces que Salmona, uno de los arquitectos que más acertadamente logró plasmar en su obra la identidad latinoamericana y caribeña, habría de dejarnos tan pronto. Y no olvidábamos tampoco que su nombre

había aparecido en la página editorial del número 1 de *Archipiélago*, publicado en mayo de 1992, formando parte de lo que llamamos Red Cultural de Nuestra América.

Nos conocimos en Cuba, en ocasión de la IV Bienal de Arte de La Habana, celebrada en noviembre de 1991. Se gestaba ya por entonces este proyecto cultural, enfocado a promover la integración latinoamericana y caribeña. Allí nos reunimos, invitados por iniciativa de Roberto Segre, varios arquitectos y críticos de arte de diversas latitudes, para discutir junto con los cubanos un tema que a todos preocupaba: la identidad cultural y arquitectónica de Nuestra América. Recuerdo, entre otros, al venezolano Fruto Vivas, al argentino Alberto Petrino, al chileno Humberto Eliash, al chileno-costarricense Bruno Stagno, al español Eduardo Subirats, al estadounidense John Loomis y, desde luego, al colombiano Rogelio Salmona. De México habíamos concurrido María Eugenia Hurtado, Carlos González Lobo, Manuel Rodríguez Viqueira, José Ignacio Félix Díaz y yo. Entre los anfitriones cubanos, cabe mencionar a Fernando Salinas, Isabel Rigol, Luis Lápidus, Mario Coyula, José Antonio Choy, Julia León, Eduardo Luis Rodríguez, Rosendo Mesías y Eliana Cárdenas.

Con el apoyo de José Ignacio Félix Díaz, por entonces funcionario de la UAM-Azcapotzalco, y de amigos como Víctor Jiménez y Francisco López Morales, pude llevar a ese encuentro un par de exposiciones en el que el tema de la identidad estaba latente: la arquitectura de Luis Barragán y la arquitectura vernácula de Yucatán. Ambas se exhibieron en los amplios salones de la fortaleza de La Cabaña, con el resto de los trabajos. Fueron aquellos días ricos en intercambio de experiencias, en discusión de alternativas, en elaboración de propuestas. Un deseo de resistir las asechanzas de la globalización en curso y sus modas "posmodernas" flotaba en el ambiente. Y una de las mejores respuestas que teníamos a la mano era sin duda la obra de Rogelio Salmona, que él explicaba con proverbial sencillez y que era ya reconocida en todos los rincones de la patria grande por su originalidad y belleza, lo cual nos llenaba a todos de orgullo y satisfacción. Era un paradigma nuestro que podíamos enfrentar a los modelos que se nos exportaban del Primer Mundo. Y así sería hasta el final.

Vaya pues en estas páginas el sentido homenaje que le rendimos algunos de sus amigos y amigas: Sara Topelson, Carlos Clemente, Louise Noelle, Jorge Tamés y Batta y el que esto escribe.

Ciudad de México, enero de 2008